

EL LEGADO DEL



PAPA JUAN

por Gerardo Tomás Allaz, dominico

"Se necesitarán cien años para que la Iglesia se reponga del daño que le ha hecho Juan XXIII convocando el Concilio."

Este diagnóstico, atribuido a un cardenal italiano por varios cronistas del Vaticano II, quizá expresaría sólo la nostalgia estéril de quienes "nada han aprendido y nada han olvidado". Pero también podría reflejar una voluntad de obstrucción que se manifiesta, por lo demás, en varios ambientes. Sobran las reacciones anticonciliares (especialmente en los países de tradición católica). Varios obispos parecen empeñarse en frenar la aplicación de las reformas que ellos mismos votaron en el Vaticano II.

Muchos son, por eso, sobre todo en América Latina, los que dudan del porvenir del *Aggiornamento* apenas iniciado. Crece en este Continente la inquietud e incluso el pesimismo de los observadores. El siniestro aumento de la distancia entre los países desarrollados y subdesarrollados no resulta menos patente, respecto al *Aggiornamento*, que en el campo económico-social. ¿Cuáles son las posibilidades de intensificación o bien de estancamiento, de la oleada renovadora?

Más que formular pronósticos, quisiéramos dar voz a los propios hechos que impusieron el rumbo conciliar. Por su consistencia, o al contrario por su carácter precario, nos prefigurarán las etapas de la Iglesia de mañana.

Se trata, pues, en las presentes páginas, de crear, por un ensayo de análisis psico-sociológico, los componentes de este fenómeno prodigioso: una institución bimilenaria de tanta complejidad, de tan hondo arraigo en los valores del pasado, rejuvenece en todos los sentidos y se inserta vigorosamente en el mundo del siglo XX.

En primer lugar se impone un hecho indudable. Todos los cambios en curso fueron posibles a raíz de la intervención en el solio romano de un hombre que la humanidad entera considera absolutamente excepcional. La caución esencial de la reforma de la Iglesia, la proporciona la personalidad de Juan el Bueno.

Pero aquí estriba el problema: se trata de la caución de un desaparecido. La muerte de un gran actor en el escenario mundial puede con mayor facilidad suscitar un mito que garantizar la perennidad de una obra.

¿No hay acaso un mito Juan XXIII?

Advirtamos el peligro: los mitos, por cierto, plasman las masas y mueven la historia, más sólo a corto plazo. Engendran a menudo las mayores desilusiones al mismo tiempo que los antagonismos más feroces.

No será posible sondear lo inmarcesible de la herencia de Juan XXIII, ni discernir lo irreversible de la evolución en el seno de la Iglesia, si no procedemos a una verdadera desmistificación, a la cual, por lo demás, el buen Papa mismo nos convidó una y otra vez en términos que no son sólo de humildad, sino de quien se preocupa por adelantarse a una tergiversación peligrosa.*

"Desde mi entrada en el sacerdocio, me he puesto a la disposición de la Santa Iglesia. La he servido sin ansiedad, sin ambición. *Todo está ahí, sólo ahí: será superfluo ir a buscar más lejos*" (los subrayados son nuestros).

Los franceses no olvidan sus palabras de despedida en el Elíseo el 15 de enero de 1953: "Me bastará que recordéis mi estancia entre vosotros diciendo: era un sacerdote leal y pacífico, siempre amigo fiel y sincero de Francia."

Cuan típico resulta el autorretrato del patriarca de Venecia al llegar a su ciudad arzobispal el 15 de marzo de 1953: "Me presento humildemente yo mismo ante vosotros. Soy un hombre como cualquier hombre que vive aquí abajo. Tengo 60 años, con la gracia de una buena salud física, con un buen sentido para ver pronto y claro las cosas, con una predisposición para amar a los hombres que me conforma con la ley del Evangelio, en el respeto de mi derecho y del derecho de los demás, que me impide hacer mal a nadie, y me anima, en cambio, para hacer el bien a todos... Soy humilde de nacimiento, me educaron en la pobreza..."

"Un hombre ordinario", así se definía él, y muy pocos son los que se pueden vanagloriar de haber previsto su destino tan extraordinario.

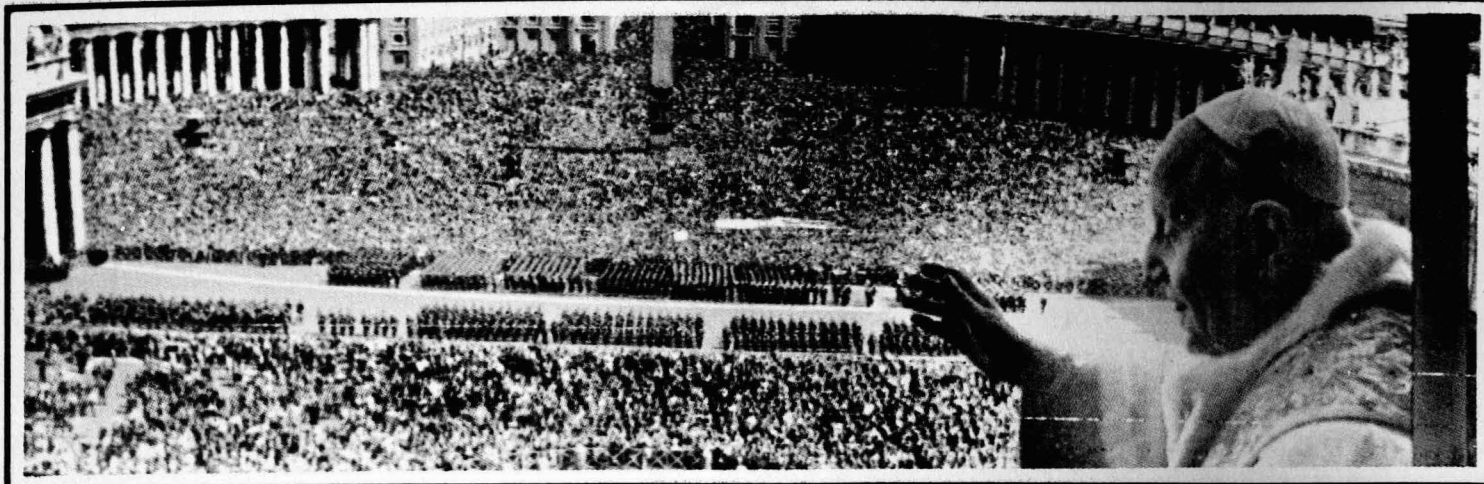
En Francia misma, donde tanto se había conocido y apreciado al nuncio Roncalli, ¿a quién se le hubiese ocurrido considerarle como eventual "papable"? Los franceses no pensaban más en un Papa Roncalli que los mexicanos en la promoción a Sumo Pontífice del cura de Cuauhtitlán.

Después del Cónclave de octubre de 1958, la sorpresa fue tan universal que sólo se encontró una explicación tanto en los ambientes eclesiásticos como en el periodismo mundial: "Papa de transición." Después de la personalidad autoritaria de Pío XII, que tantos cambios introdujo en la marcha de la Iglesia, los cardenales, casi todos de una edad muy avanzada, sólo podían haber optado por una pausa de respiro.

Digan lo que quieran los apologistas de oficio: comprobamos personalmente el primer instante de estupor de la Plaza San Pedro, cuando se proclamó el nombre del elegido. Y al aparecer por primera vez al balcón el Papa Juan, cuán amplio fue el desconcierto en la muchedumbre de clérigos, seminaristas, colegiales, monjitas, ancianitas, peregrinos extranjeros, que constituye el público obligado de tales circunstancias (entre todas las ciudades "católicas" del mundo, Roma es probablemente la que cuenta con menos participación religiosa de los varones autóctonos y adultos: "Roma también es país de misión" opinaba ante el Concilio el 7 de noviembre de 1964 un obispo italiano de origen). ¿Dónde estaba la majestad hierática de Pío XII, su gesto solemne que provocaba estremecimientos colectivos casi históricos? —"¡Parece una rana gorda!", exclamó detrás de nosotros una piadosa Hija de María, frente a la figura del nuevo Pontífice.

La primera intuición de que algo inesperado podía suceder,

* A quienquiera que desee familiarizarse con el auténtico perfil de Juan XXIII, se le deberá remitir a las propias confidencias del *Diario del alma*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1964. Señalemos también, entre tantas obras similares, la sucinta y excelente antología de Henri Fesquet, *Les Fioretti du Bon Pape Jean* (Fayard, París, 1964).



la tuvimos el día siguiente cuando miramos *Avanti*, el periódico de Pietro Nenni, socialista de izquierda, vinculado estrechamente al Partido Comunista. La primera plana estaba totalmente consagrada al Papa Roncalli y parecía evidente en ella un prejuicio favorable. Hecho inaudito por parte de un órgano de los menos clericales. Al mismo tiempo, en París, el ex Presidente de la República, Vincent Auriol, socialista de buena tinta, evocaba ante los periodistas, con una voz temblorosa de emoción, los recuerdos de su trato con el nuncio Roncalli.

Apenas cinco años más tarde, el orbe entero rodeaba el lecho del Papa Juan siguiendo hora tras hora —¡con qué consternación y qué sentimientos de afecto, gratitud, veneración!— las etapas de su agonía. Momento cumbre en la historia de la humanidad. Se borraron durante unas horas todas las barreras religiosas, sociales, políticas y raciales. En este Pentecostés de 1963, fue verdad que la familia humana no tuvo sino un corazón y un alma: el corazón y el alma de Juan el Bueno.

“Sin duda es la primera vez que nosotros los protestantes, lloramos a un Papa”, observó el Pastor Charles Westphal, presidente de la Federación Protestante de Francia. Pero, ¿no fue también la primera vez que los judíos, los budistas, los mahometanos, o bien los comunistas, lloraron unánimemente un Papa? Y si el obispo japonés Nagae declaró ante el Concilio que “Juan XXIII ha dado más fruto en el Japón que mil misioneros en toda su vida”, ¿en que país no se podría afirmar lo mismo?

¿Cómo explicar este ascendiente sin par?

La respuesta más obvia sería considerar, con los “integristas”, que el Papa Juan ha ganado la simpatía de todos al precio de muchas concesiones a la opinión pública, a la época, a los adversarios de la Iglesia, con menoscabo de la ortodoxia.

Ahora bien, Ángel Roncalli, por todo su temperamento, representa típicamente su patria bergamesa, muy conservadora: “la fortaleza del catolicismo italiano”. Hijo de campesinos muy arraigados a su terruño, era por lo tanto más propenso a desconfiar de la novedad que a entregarse a la moda del día.

Contra todas las simplificaciones y hasta los simplismos pueriles que corren, debemos subrayar que, por tendencia natural, Juan XXIII se inclinaba mucho más hacia el tradicionalismo que Pío XII.

Todas las grandes reformas adoptadas en el Concilio fueron encauzadas de un modo decisivo por Pío XII. Los que dudan se convencerán muy pronto si se toman el trabajo de consultar las fuentes explícitamente citadas por los documentos conciliares.

Por increíble que parezca, Pío XII fue el primer Papa de la historia que osó introducir en el vocabulario de la Iglesia la palabra “tolerancia” con sentido positivo (6.XII.1953).

A Pío XII se debe la primera valoración favorable, al nivel de la Santa Sede, del movimiento ecuménico (20.XII.1949), y sus confidentes saben que tenía una visión muy atrevida de las

etapas futuras hacia la unidad por parte de la Iglesia Católica.

De Pío XII, el primer planteamiento de la colegialidad episcopal, en la magnífica encíclica *Fidei Donum* (Pascua de Resurrección de 1957), primer documento pontificio sobre el desarrollo del Tercer Mundo, antecedente de *Populorum progressio*.

De Pío XII, en el campo económico-social, el restablecimiento, sin ambigüedad, de la primacía del destino común de los bienes sobre todo derecho privado. En la reciente encíclica, el texto clave contra el tabú de la “propiedad sagrada” es una cita del Concilio, el cual nos remite a Pío XII (1.XI.1939 y 1.VI.1941).

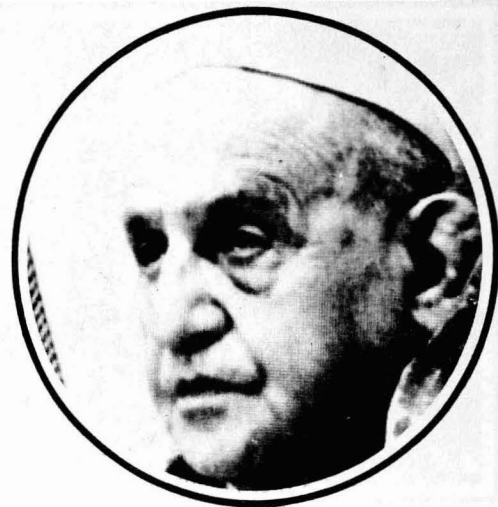
De Pío XII, la primera apertura oficial con respecto a la regulación de la prole (29.X. y 26.XI.1951, 12.IX.1958). Del mismo, la *Encíclica liberadora Divino afflante* (30.IX.1943), primer visto bueno romano a la renovación bíblica y a la exégesis moderna; la primera encíclica sobre la liturgia (20.XI.1947); la primera igualmente sobre la Iglesia considerada como realidad mística y no sólo como institución jurídica (29.VI.1943).

¿Y cómo olvidaremos los pasos de Pío XII hacia la internacionalización del Colegio cardenalicio, su empuje a la promoción del laicado, sus proyectos de restauración del diaconado, sus normas de reforma de la vida religiosa (y la simplificación tanto del hábito religioso como del traje de los purpurados), su diálogo con todas las categorías humanas, sus encuentros con personalidades venidas de todos los horizontes, su interés apasionado por los aspectos más nuevos de la vida moderna, su afán de honrar y servir a los humildes, sus intervenciones vehementes a favor de la paz, su labor diplomática tan intensa por las víctimas de la guerra y la opresión?

En verdad, considerar a Pío XII como un retrógrado es dar oportunidad a los cristianos fosilizados de aureolarse con su prestigio eminente.

Queda bien claro que evocamos aquí el activo del reinado. Pero, si miramos ahora el pasivo, no debemos hacer caso omiso del peso de la edad y la enfermedad. Al timón de la barca de Pedro, como al volante de cualquier coche, es propio del anciano tocar más fácilmente el freno que el acelerador. Ahí está la calamidad de la gerontocracia. Con excepción del caso de accidente o de asesinato, en la fuerza de la edad, Papas y obispos están condenados a legar al pueblo cristiano antes de morir el espectáculo de su decrepitud. ¿Qué diócesis en el mundo no ha estado paralizada durante años y hasta generaciones por la avanzada edad de su titular?

Imaginemos un Juan XXIII con una salud menos vigorosa y un cáncer de evolución menos rápida: ¿nos hubiese dejado un recuerdo tan limpio? Sus límites, más todavía que los del Papa Pacelli, eran de los que la acumulación de los años pueden ser desastrosos en el ejercicio de las responsabilidades. En primer lugar este corrosivo del dinamismo, en un gobernante anciano, el principal factor de oportunismo en un alma pastoral: el temor a causar disgusto.



Para poner de manifiesto la grandeza del Papa Juan, no hace falta rebajar a su predecesor. Ni tampoco conviene canonizar todos los rasgos de su propia fisonomía.

Así, no será difamar a Juan XXIII el declarar que tenía de su raza algo del aldeano un tanto rutinario y receloso. Será más bien asumir todas las dimensiones de una personalidad más compleja de lo que parece. ¿No ha escrito él mismo: "Si Dios ha creado las sombras, es para dar más valor a la luz"?

El que había de provocar tanta conmoción en el universo, necesitó algún tiempo para acostumbrarse al hervir de ideas e iniciativas de la Iglesia de Francia. "Cuántas veces se le oyó exclamar: "¡Problemas otra vez! ¡Más problemas! ¿Por qué son tan complicados los franceses?"

Muy reveladora su reflexión al Padre Rouquette sobre Teilhard de Chardin: "Ese Teilhard, ¿qué necesidad tiene de discutir el origen del hombre? ... No podría contentarse con enseñar el catecismo?" Lo que no le impidió vituperar públicamente, como Papa, la advertencia del Santo Oficio (30.VI.1962) contra el sabio jesuita.

Lo mismo en relación con los sacerdotes-obreros. La sola idea le ponía los pelos de punta. Sin embargo, mientras estuvo en París no hubo desautorización. Pero, en 1959 (24.VI.) dejó que el Santo Oficio acabara definitivamente con la experiencia, sin consultar previamente al Episcopado francés.

La Curia, con Pío XII, antes de su enfermedad, fue reducida, en varios campos, a un papel marginal. Con Juan el Bueno tuvo su revancha y toda la preparación del Concilio dependió esencialmente de ella.

Que Juan XXIII no era un revolucionario, es lo que trasluce especialmente a través de cada página de su diario íntimo. Es difícil leer sus apuntes personales sin que nos alcance el contagio de su humildad, su ternura, su entereza. Se nos revela un alma diáfana entregada intensamente a Dios y al prójimo, en el total olvido de sí mismo. ¡Qué frescura! ¡Qué hondura! ¡Qué magnanimidad! Todo un santo, pero nada de un progresista en busca de vías nuevas.

A través de los años hemos intentado un pequeño sondeo de opinión preguntando a hombres muy distintos por el país, la edad, la clase social, la profesión, el ideal religioso o político: "¿Qué es lo que más admira usted en Juan XXIII?" Hemos llegado a dos conclusiones:

1] Todavía más que la obra propia del Papa, se admira la personalidad que la inspiró.

2] De esta personalidad, lo que se subraya espontáneamente es la bondad. Pero, cuando se pide precisar por comparación con Papas u obispos de este tiempo, cuya bondad fue también reconocida, se llega a una insistencia especial en tres rasgos particulares: pobreza, sinceridad, optimismo. Casi todos añaden que, por normales que sean estas notas en un representante de Cristo, son de las que menos se encuentran en el mundo eclesiástico, especialmente en las altas esferas.



Antes del Papa Juan, hubo en el principio de este siglo un Papa "nacido pobre y muerto pobre". Se trata de San Pío X. Pero vivió encarcelado en su palacio en los años en que la Iglesia Católica sólo suscitaba, fuera de sus filas, indiferencia o desprecio.

Como el Papa Juan, la mayoría del clero mundial nació de padres humildes, campesinos principalmente, pero las condiciones de la formación sacerdotal y la existencia confortable provocan un desarraigamiento irreversible. Tan a menudo, sobre todo en los países de poco desarrollo y de mucha tradición católica, los Seminarios parecen fábricas de arribistas y de aburguesados, en que los ricos a veces se hacen pobres y los pobres adquieren mentalidad de ricos, como ya lo lamentaba San Agustín hablando de los monasterios de su tiempo.

Ejemplo sugestivo: el obispo-obrero Ancel es hijo de un gran industrial, mientras el altanero cardenal de Génova, poco grato al pueblo, es hijo de un estibador. Hay, lo mismo, países de bienestar en que muchos obispos y sacerdotes viven con fervor la pobreza evangélica y países subdesarrollados en que el clero goza de todas las comodidades que se niegan a la mayoría de la población.

El escolar Angel Roncalli, que, durante el invierno, recorría a diario kilómetros en la nieve sin calzado, no sólo conoció en carne propia los estragos de la escasez extrema, sino que, una vez revestido de los ropajes de un "sátrapa persa" (como llamaba a la pompa pontificia), no dejó de gloriarse de su humilde origen y de fraternizar con los más desheredados.

"Nuestro siglo democrático, escribe el periodista parisino Henri Fesquet (*Op.Cit.*, pp. 18, 20-21, 24), tan exigente para con los grandes y tan sensibles a su sencillez y su espontaneidad ha encontrado en Juan XXIII el Papa que tanto necesitaba y que ya no se atrevía a esperar... El dinero y el aparato son la plaga de la Iglesia romana. Juan XXIII ha hecho una brecha en este muro de iniquidad que desvincula a la Iglesia del mundo de los pequeños y de los hambrientos. La muerte le sorprendió antes que hubiese podido realizar en este campo reformas espectaculares... Inmensa es nuestra gratitud hacia un Papa que ha sabido volver a dar confianza en la Iglesia romana a tantos hombres decepcionados y desconcertados por el oropel, la arrogancia, la estrechez de espíritu, la mezquindad eclesiásticas."

No hemos de buscar otra justificación de la influencia tan singular de Juan XXIII sobre el mundo entero.

Bondadoso y tímido, el tradicionalista Roncalli fue, en edad avanzada, el gran Papa reformador y reconciliador porque fue un verdadero amante de la pobreza evangélica. Movi6 a la humanidad no de arriba, sino de dentro.

Desde su niñez, su alma noble supo distinguir entre los valores humanos reales y los falsos hechizos. Compañero de destino de los menesterosos, logró discernir las riquezas latentes que lle-

van consigo los más olvidados. No se dejó deslumbrar por los títulos, los honores, los atuendos ostentosos. De ahí su admirable libertad frente a los poderosos y frente a las grandezas artificiales, las convenciones mundanas, el boato "constantiniano" de la Iglesia, la teatralidad del Vaticano, las servidumbres del protocolo, el imperio de los ritos y rutinas, los caminos trillados. No pactó nunca con un aparato, no se identificó con un sistema, porque sólo vio en todo al Hombre, y cómo trasciende las superestructuras.

¡Con qué soberana desenvoltura convocó el Concilio! Por su largo contacto con el Oriente, con Francia y sus trances, con la Italia conservadora y su fuerte minoría revolucionaria, conocía sin embargo los riesgos extremos de una confrontación entre episcopados de criterios sumamente diferentes. Cuando le pasó por la mente la idea de encauzar la Iglesia por primera vez en la historia, en las vías del diálogo, no vaciló ni un instante. Para él, cada uno de los dos mil obispos, o bien cualquier personaje, católico o no, no tenía ni más ni menos alma que los queridos campesinos de su pueblo. Entre hombres que se respetan, el diálogo es siempre posible y provechoso a pesar de los antagonismos.

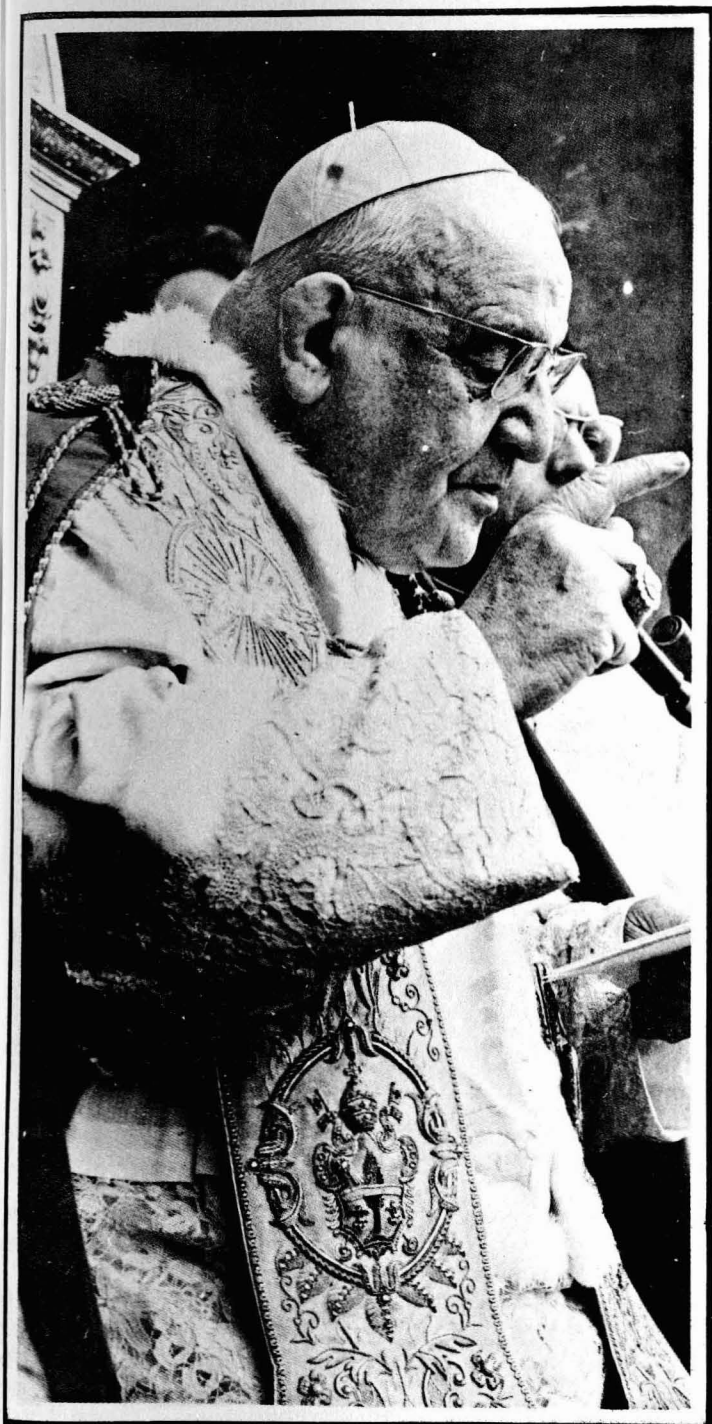
Así se explica también la acogida tan inaudita que conoció *Pacem in Terris*. Se trata de un mensaje brotado de la convivencia fraternal y destinado a cada ser humano en particular. El buen Papa se refiere explícitamente, en sus notas íntimas, a uno de sus inspiradores. Se trata de un soldado enemigo herido, en 1917, en el frente: "Nunca podré olvidar los alaridos de un austriaco... La imagen se ha hecho más viva en mí mientras trabajaba a la encíclica... Esta *Pacem in Terris*, ¡que eco! En este documento hay sobre todo el humilde ejemplo que me he esforzado por dar durante toda mi pobre vida "de un hombre bueno y pacífico" (Imitación de Jesu-Cristo).

En una Iglesia en que muy a menudo el pueblo se siente extranjero, si un dignatario vive bajo la mirada de los humildes y entrega todos los aspectos de su existencia al juicio de los desposeídos, automáticamente alcanza un grado de densidad humana, un sonido de *sinceridad* que le asegura una audiencia sin límite.

"La mayor debilidad de la Iglesia romana", proclamó en Roma, durante el Concilio (8.X.1965) uno de los principales teólogos del Vaticano II, Hans Küng, "está en su ambigüedad, en la falta de sinceridad y de autenticidad".

Gracias al Papa Juan, pudo en 1964 el anticlerical declarado, Morvan Lebesque, escribir en el *Canard Enchaîné*: "Creo en la sinceridad de la Iglesia actual."

Algunos meses antes de la elección de Juan XXIII, el filósofo marxista Henri Lefebvre interpelaba a los católicos con estos términos: "Habéis servido a los emperadores romanos, a los señores feudales, a los monarcas absolutos, a los burgueses triunfantes. Estabais siempre (no sin algunas maniobras hábilmente



reticentes para marcar vuestra independencia y vuestra superioridad) del lado del *más fuerte*, y todavía más fuerte que él, dándoos la apariencia de defender a los débiles. Y ahora, ¿tomaríais en vuestras manos la causa del Hombre, es decir, de los oprimidos de ayer, los más fuertes de mañana? No, la astucia es demasiado grosera y el bocado demasiado grande. Por primera vez el poderoso estómago de la Santa Iglesia, que todo lo ha digerido hasta ahora, quizá, no será bastante robusto, y ella lo sabe. Y tiembla. Y juega el doble juego, el triple juego. Pero eso se ve, y se sabe" (*Critique de la vie quotidienne*, Introduction, p. 232. Ed. L'Arche, 1958).

Los que conocen a Henri Lefebvre saben que por la sola personalidad del Papa Juan se inclinaría hoy a matizar tal juicio.

Antes del caso Juan XXIII, en la Iglesia, hubo el caso de los sacerdotes obreros a que ya aludimos. Más de 80 libros, con traducciones en una docena de idiomas, manifiestan la impresión que hizo a través del orbe esta experiencia de una presencia sacerdotal en medio de los trabajadores manuales. Estábamos ante el mismo testimonio de pobreza evangélica y de entrega a los humildes. El efecto fue idéntico. Las masas totalmente apartadas de una Iglesia que les parecía un instrumento de los poderosos, se apasionaron por estos curas vestidos de overall y asociados de hecho a la suerte de los oprimidos. A través de ellos, la Iglesia les pareció dar una prueba de su sinceridad. La interrupción de la experiencia fue por esta misma razón "una catástrofe para la Iglesia de Francia" como lo manifestó el cardenal Liénart. Menos mal, el Concilio volvió a autorizarla, con un mentís formal al argumento de una pretendida incompatibilidad entre el sacerdocio y la condición obrera, que había sido invocado en el momento de la supresión.

La solidaridad del cristiano con los humildes y la práctica leal de la pobreza evangélica, se traducen infaliblemente por un optimismo creador y renovador. Desvinculado del poder y de la riqueza material, el discípulo de Cristo participa en el afán redentor de su Maestro y en su irradiación cósmica. ¿Será pura casualidad que, en la historia de la Iglesia, el mismo santo fue por excelencia "el pobrecito" y el heraldo de la "alegría perfecta", el místico del "cántico de las creaturas"? El Papa Juan, discípulo de Francisco de Asís, entraba tras él, por el desprendimiento de todo instinto posesivo, en comunión con la creación entera y gozaba de un poder de simpatías con toda la humanidad, de una visión exaltante de la dinámica de la historia.

Los que pudimos a la vez oír y contemplar a Juan XXIII en la apertura del Concilio, no olvidamos con qué vigor de expresión y qué ademán perentorio exclamó de repente en medio de su discurso: "Llegan a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones... de quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina. Van diciendo que nuestra época, en comparación con las pasadas, ha empeorado, y así se com-



portan como quienes nada tienen que aprender de la historia, la cual sigue siendo maestra de vida... Mas nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos como si fuese inminente el fin de los tiempos. En el presente orden de cosas, en el cual parece apreciarse un nuevo orden de relaciones humanas, es preciso reconocer los designios arcanos de la Providencia divina."

Espíritu de pobreza, sinceridad, optimismo: ¿no representan precisamente estas características de la fisonomía del Papa Juan, la más genuina expresión de un verdadero estilo evangélico? ¿Y no fueron, en cambio, la soberbia de los Príncipes de los Sacerdotes y la hipocresía de los fariseos las que, con el hastío de Pilato, llevaron a Cristo al suplicio?

Finalmente, en lugar de lo que podría ser un mito Juan XXIII, encontramos sencillamente un Ángel Roncalli que, con toda naturalidad, tomó el Evangelio en serio desde su juventud y, hasta en medio del relumbrón romano, no dejó de proclamarlo en modo profético, cara al universo, no con palabras, sino con su comportamiento cotidiano.

Como lo hizo notar el dominico Congar, una de las más grandes voces conciliares: "En el fondo, cada vez que la Iglesia abandona sus pretensiones anacrónicas a un poderío y un prestigio de tipo temporal, y de nuevo se hace transparente al Evangelio, vuelve a interesar a los hombres, que sienten que podría concernirles" (*Témoignage chrétien*, 9.I.1964).

El resorte de la obra reformadora del Papa Juan no es ni más ni menos que EL EVANGELIO, tan auténticamente encarnado por él.

Hay aquí una lección de gran transcendencia y que cabe recordar cada vez que se juega con los vocablos "conservador" o "progresista".

Tan a menudo los progresistas de hoy, especialmente si lo son sólo por temperamento o por moda, resultan los conservadores de mañana. ¡Cuántos liberales se despertaron reaccionarios un día! ¡Cuántos precursores no se resignan a que otros les rebasen! Al contrario, ¡cuántos hombres de tendencia tradicionalista tomaron en la Iglesia papeles eminentemente renovadores, movidos por las exigencias evangélicas, que encontraron resonancia en su conciencia!

Toda reforma en la Iglesia implica a la vez una vuelta a las fuentes que no sea vuelta al pasado y una inserción en el mundo presente que no sea concesión a lo efímero. No es posible que un tradicionalista se desvincule del pasado si su alma sigue sensible a la voz del Evangelio. El más progresista de los hombres, en cambio, si no lo mueven los imperativos evangélicos sucumbirá al conformismo, pronto o tarde.

El principal promotor de la renovación en la Iglesia de Francia después de la segunda Guerra Mundial, el cardenal Suhard, arzobispo de París, era él también un campesino tra-

dicionalista. Físicamente parecía una abuelita del siglo XVIII, muy *Vieille France*. Había sido ultrajado en el momento de la Liberación de París por "reaccionario" y "lacayo de Petain". Sin embargo, él fue quien patrocinó a los sacerdotes-obreros y otras experiencias muy atrevidas. Él fue quien publicó el grandioso alegato a favor del rejuvenecimiento de la Iglesia, titulado "Aurora o crepúsculo de la Iglesia", que había de ser el breviario de muchos pioneros de la obra conciliar. Si la Iglesia de Francia figuró entre las Iglesias pilotos en el Vaticano II, fue gracias a él y al dinamismo evangélico que superó, en su alma como en la del Papa Juan, las nostalgias del pasado.

Así, la caución del *Aggiornamento* no se reduce a la sola personalidad de Juan XXIII, por ingente y fascinante que sea. Reside en el fermento evangélico que el Papa Roncalli hizo de nuevo presente, y sumamente actual, ante la conciencia de la humanidad.

Ahora, y gracias a él, ya no está de una parte la Iglesia y de otra el mundo: una especie de *ghetto* frente al diablo. Hay los que toman el Evangelio en serio, sean cristianos o no, y los que no lo toman en serio, aunque acaso se glorien con el título de cristianos.

Lo decisivo del caso Juan XXIII, es que más que un santito en nicho, más que un superhombre, tenemos con su persona un Evangelio vivo frente a nosotros, un patrón que permite a cualquiera el desenmascarar las falsificaciones y las traiciones de los pretendidos fieles.

¡Cómo se comprende que las únicas voces que faltaron en el homenaje universal al Papa Juan fuesen las de cristianos "integristas" que ponen su ideología propia por encima del Evangelio y de su impulso regenerador!

Desde el momento en que la Iglesia, con el Concilio, se ha integrado resueltamente en el mundo, su renovación ya no depende sólo de sus miembros. Incluso los descreídos tienen algo que decir. Ante los subterfugios y las escapatorias de los seudodiscípulos de Cristo tendrán siempre un punto de referencia: la vida del Papa Juan.

Podrán lanzar a la cara de los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos de hoy y de mañana la invectiva de Clemenceau cuando, en el gobierno, realizaba sin piedad la gran purga de la Iglesia de Francia a principios del siglo: "No se os reprocha el ser cristianos, sino el no serlo bastante."

Al abrir, por encima de los campanarios, el diálogo con todos los hombres de buena voluntad, Juan XXIII ha dado voz a la opinión mundial: no será fácil callarla. Su presión constituye finalmente una de las garantías más sólidas para el futuro del *Aggiornamento*.

Con razón lo afirmaba el cardenal citado al principio de este análisis: un siglo no bastará para abolir la obra del Papa Roncalli y detener lo que puso en movimiento.